



Anale. Seria Drept

Informații Generale
General Information

Consiliu Editorial
Editorial Board

Număr Curent
Current Issue

Arhivă
Archive

Instrucțiuni pentru autori
Instructions for authors

Contact
Contact

Coperta Anale 2020

Contents 2020

Kerstin BORCHARDT - ON THE POWER OF FRUSTRATION: CIORAN'S NIETZSCHE RECEPTION IN HIS SYLLOGISMS OF BITTERNESS

José Luis ALVAREZ LOPEZTELLO - ¿QUIÉN ES EMIL CIORAN?

Rodrigo MENEZES - UNE PENSEE RELIGIEUSE HETERODOXE (A PROPOS DE CIORAN)

Ana Maria HADDAD BAPTISTA - CIORAN: DA SOLIDÃO

Caleb Olvera ROMERO - CIORAN MÍSTICO DEL VACÍO

Sergio ESPINOSA PROA - DEL INCONVENIENTE DE NO SER CIORAN

Marius DRAGHICI - NECESITATEA REINTRODUCERII VOTULUI DELIBERATIV LA ASISTENȚII JUDICIARI

Adrian POPA, Ioana - Camelia BUCIU - REGIMUL JURIDIC DISCRIMINATORIU ÎNTRE DREPTURILE INculpATILOR TRIMISI ÎN JUDECATA LA INSTANTA

DEL INCONVENIENTE DE NO SER CIORAN

Sergio ESPINOSA PROA

Title: THE DISADVANTAGE OF NOT BEING CIORAN

Abstract: From Cioran's first work, the mark of a presence as ominous as it is all-powerful is clear: the consciousness of death. Nothing worthy can be done without it, because indifference is silly and any belief is trivial. This may lead to nothing (in fact it leads to it), but it does give everything that is undertaken a characteristic coloration and density; it is the opposite of frivolity. Being aware of death is truly human being, which means that one becomes essentially unbearable. The inanity of the (human) being is literally unbearable, but what our fellow men do to forget it is worse; the leap into history is more terrifying.

Keywords: Cioran, death, philosophy

I

Impresionan muchas cosas de Cioran, y no es la menor su rechazo a un cuantioso Premio (el **Grand Prix Morand**, que otorga la Académie Française). Es un gesto bastante teatral; siempre he creído que es mejor regalárselo a alguien que dejarlo en manos de la Academia, aunque sea la francesa. En todo lo demás, estoy convencido de que Cioran es un ejemplo. A. Chucholowski seleccionó cinco obras de su producción para la **Enciclopedia de obras de Filosofía** (2005) preparada por Franco Volpi: **En las cimas de la desesperación** (1934), **Breviario de podredumbre** (1949), **La tentación de existir** (1956), **Del inconveniente de haber nacido** (1973) y **Desgarradura** (1979). Desde su primera obra, está clara la marca de una presencia tan ominosa como todopoderosa: la conciencia de la muerte. Nada digno puede hacerse sin ella, porque la indiferencia es tonta y cualquier creencia es baladí. Esto puede no llevar a nada (de hecho lleva a ella), pero otorga a todo lo que se emprenda una coloración y una densidad características; es lo contrario de la frivolidad. Tener conciencia de la muerte es lo verdaderamente propio del ser humano, lo que significa que uno se vuelve esencialmente insobornable (aparte de otras cosas). La inanidad del ser (humano) es literalmente insoportable, pero es peor lo que nuestros semejantes hacen para olvidarlo; es más terrorífico el salto a la historia. ¡Mejor no hacer nada, o hacerlo sin pensar! El pesimismo es, pues, su ruido de fondo, que desde el primero de sus escritos, publicado en Rumanía a los veintitrés años, hasta el último, casi seis

décadas después, achaca al tiempo, que no tiene ni sentido ni fin, esta desgracia diferida. Es una agonía sin término. Metafísicamente, el tiempo es el gran enemigo no del "hombre", lo cual es una abstracción, sino del individuo humano concreto. En su horizonte se halla la enfermedad, la decrepitud y la muerte; nada más. Podemos no pensar en ello, pero la alternativa será el fanatismo y la violencia: hacer con otros, con su vida, un simulacro del paraíso. Es irremediable pensar en ello, aunque sus efectos sean disminuidos por miles de artefactos y distractores. Para la mayoría pensante, es mejor escapar a los paraísos (artificiales), a un futuro pletórico, sin parar mientes en la desdicha que ello provoca en los demás. Pero, a fin de cuentas, este entusiasmo aburre, es tedioso. Si el insomnio fue el primer resorte de la conciencia de lo absurdo, ahora será precisamente el tedio, el hartazgo. Uno puede bajar la guardia, pero ya vendrán nuevas generaciones o nuevas multitudes, nuevos pueblos, a renovar o a refrescar el entusiasmo. No dejemos de ver aquí una contradicción: el fervor de la Ilustración conduce a un agotamiento de la fuerza vital de una civilización, pero el sentido de esa fuerza vital ya está sumamente deteriorado con la lucidez de que ha hecho gala Cioran. El escritor no puede evitar volverse, él mismo, aburrido. Si piensa que nada tendrá sentido, ¿a qué escribir? Más aún: ¿a qué vivir? Bueno, la visión del abismo invita a lanzarse al vacío, pero no siempre. La conciencia de la muerte tiene también brillos estéticos. Es, en cierto modo, la paradoja de la filosofía trágica: tal vez todo desemboque finalmente en el silencio... Pero no todavía. No hoy, no este día, que sin embargo resplandece de una forma especial.

Cioran es particularmente agudo con esta visión del sinsentido final de todas las cosas, pero no piensa que sea preciso (ni posible) dar el "paso final", porque, haga el individuo lo que haga, mate o se mate, vendrá otro individuo a ocupar su lugar. Lo cual no por ser escalofriante es menos verdadero. La idea del escritor, al menos en *La tentación de existir*, consiste en vivir como judío: al borde de la historia, apátrida y desarraigado. Pero ni siquiera por voluntad propia, porque el judío es el pueblo a quien se le ha denegado su acceso a la realización en la historia. "Sus sufrimientos son un testimonio de la propia elección ante Dios, y su mirada permanece dirigida siempre a una consumación futura, a la que se encaminan con sus proyectos. Así, son los auténticos maestros de la existencia (...), y están seguros frente a una excesiva claridad del espíritu, que paraliza todo activismo" (Herder, Barcelona, 2005, p. 458). Pero no son, los judíos, verdadero ejemplo a seguir, como tampoco lo son los místicos, a quienes, ante la futilidad de la existencia y con su renuncia casi completa a ella, se abre la condición

necesaria para alcanzar a la divinidad en la experiencia de la fruición. Al menos, es lo que ellos creen. ¿Lo aconseja Cioran? Por lo bajo, eso queda insinuado. Ante la lucidez, la nada, pero la nada no es opción... Si no por el suicidio, hay que ser tentado por la existencia. Pero la cuestión permanece: ¿qué sentido tiene la vida después que nos queda claro que no somos eternos? Concedamos que esta cuestión no se disipa de un plumazo. Cioran sabe que hay treinta mil cosas en la vida que nos embriagan y nos ilusionan, pero también sabe que cada vez es más intensa y más duradera la resaca correspondiente. Ojalá no existiera el día siguiente. Chucholowski sentencia con gravedad que la última esperanza que tiene es la muerte; ¿no es más fácil decir que, para un espíritu lúcido como el de Cioran, no hay esperanza? ¿No sería justamente esa la sabiduría trágica, seguir pensando sin esperanza? Lo opuesto a la actividad y su fiebre es la pasividad y su firmeza. Y esta pasividad puede adoptar multitud de formas, casi todas mal vistas por la inmensa mayoría de la gente: la ociosidad, la apatía, la pereza, incluso la estupidez. Bueno, esos males parecen preferibles a la guerra de conquista.

A una escala más personal, la verdadera dificultad con Cioran es que escribe demasiado bien. Por eso no hace escuela e intimida a sus propios prosélitos. No se le puede glosar, es majadero resumir sus libros, disuade absolutamente. Uno lo lee y es peor que Nietzsche: ya no resta casi nada por decir y es vano agregar algo. Casi. Porque vaya si despierta nuestro interés, nuestra curiosidad, hasta nuestra malicia. Sus textos disuelven los modales sin perder, él, un miligramo de elegancia. ¡Qué lástima no ser o haber sido como él! Hasta a su fan en España, que no canta nada mal las rancheras en cuanto a escribir se refiere, le suscita, por confesión propia, una envidia de la mala (como si hubiera de la buena): "Es como para palidecer de la más sincera envidia, pues se envidia aquí lo que es y no lo que representa" (F. Savater, "E. M. Cioran: El alma alerta", en **Adiós a la filosofía**, Alianza, Madrid, 1980, p. IV). Aquí ya no es ni lo que dice ni cómo lo dice el rumano, sino que simplemente lo diga.

II

Se puede decir que Cioran ha discontinuado no toda la filosofía pero sí cierta concepción de ella; su versión más ingenua, perversa, humanista y artera. Es decir, aquella que, mediante incisiones religiosas o prótesis técnicas, ha logrado hacer del pensamiento una forma particularmente nociva de ilusión. Es contra esa filosofía, y no contra la filosofía en general,

que los dardos envenenados de Cioran se multiplican. Hay en él, en el verdadero filósofo, una necesidad de ver que se opone a la exigencia de creer; el origen de las matanzas que manchan la historia no es, hablando claro, la brutalidad animal sino la sed de verdad. Es de temerse que alguien, que una secta o una muchedumbre se apodere de la verdad, porque ella será el arma predilecta utilizada en sus furores. No es la diferencia o la discrepancia la fuente de la violencia, sino la sedimentación de una ortodoxia, la parálisis de las ideas en nombre de un Bien absoluto. La propensión a no dudar se encuentra detrás de todos los crímenes. Para Cioran, el dogmatismo recorre e invade religiones e ideologías, convirtiéndolas en ángeles de exterminio. Es el origen, la explicación del fanatismo: "lepra lírica que contamina las almas, las somete, las tritura o las exalta..." (**Breviario de podredumbre**, Taurus, Madrid, 1981, p. 20). Quienes hablan de salvación son los más violentos, los más feroces. Quienes hablan de un "nosotros" que es el vehículo de los "otros" poseen un espíritu de lobo bajo la piel de cordero. La fe, sea religiosa o política, es el sitio en el que anida el terror. No extrañará la contraparte: son los descreídos, los indiferentes, los apáticos y abúlicos, quienes han salvado a la humanidad de una debacle irremediable bajo consignas y estandartes. "El fanático es incorruptible: si mata por una idea, puede igualmente hacerse matar por ella; en los dos casos, tirano o mártir, es un monstruo" (p. 22). ¿Cómo estar al alba de estos iluminados, cómo permanecer a salvo de su afán salvífico?

El primer efecto de esta crítica es una apología de lo fútil, de lo ordinario, de lo insípido. Lo que sea con tal de no caer en las garras de semejante amo innoble que es el fanatismo. Casi desde el principio advertimos en Cioran un esfuerzo por disolver esas terribles abstracciones que son, por ejemplo, la justicia o la verdad. A su vera se yerguen otros valores, menos estentóreos, como éste de la indiferencia o el del aburrimiento. En el fondo, sin embargo, uno puede hallar una guía prácticamente infalible: el amor no a la vida en general sino a su carácter incoercible. Si perseveramos en ella es porque no es lógica. Ella, a diferencia de la muerte, es "la gran Desconocida" (p. 27). Se ama porque sí, ya que la vida pierde su atractivo cuando se le asignan razones o se le adscriben argumentos. Más que amor, Cioran habla de "la improbabilidad fecunda del deseo", distinción importante que tendrá sus consecuencias. A la vida se le desea más porque ella se levanta, como musgo, ante el incontorneable muro de la muerte. No se sostiene ante el miedo a la muerte, sino ante la fuerza de la única certeza humana posible. Quitarnos la muerte nos quita la vida, es lo único que un hombre lúcido sabe y entiende. La lucha es contra la salvación, pues la vida en su fragilidad e

inocencia es, para el espíritu enfervorecido, indigerible. La única "solución" es trágica: vivirla hasta el final, sin eludir sus tormentos y sus deliquios. No se trata de eludir nada; la vida es así. Hacernos presuntamente fuertes frente a ella nos conduce a un estado ruinoso y calamitoso donde quizá no hay muerte, pero definitivamente tampoco hay vida. El pensador no admite esas pruebas vaporosas que a veces ofrecen los iniciados: prefiere la nada a una ilusión barata e interesada. "... Y yo sueño con una Eleusis de corazones desengañados, con un Misterio neto, sin dioses y sin la vehemencia de la ilusión" (p. 29). Cioran prefiere mil veces al que no tiene nada que ofrecer: al escéptico y al loco, al que jamás podría suponerse ejemplo de algo positivo.

Es la escuela no de la sospecha, sino del desengaño; pero su resultado, a pesar de todo, no es la postración o la acedia, sino la alegría. Alegría ante la disolución de las ilusiones: matar la verdad, socavar la arquitectura del malentendido, desacreditar las abstracciones tradicionales... Eso es filosofía, no simulacros o emplastos. Al menos, eso es pensamiento, y no remiendos para una ideología siempre necesitada de reformas y de acondicionamiento. El pensador viene de afuera, y lleva su destrucción lo más adentro del Imperio. ¿Eso lo convierte en un emisario del futuro, en un Don Quijote con plenos poderes? Escasamente. Su deseo está lejos de una transformación del mundo, porque sabe que el mundo humano no es injusto porque sea humano, sino porque es mundo. Practica a tal respecto un "conformismo desesperado" derivado de la conciencia de esa imposibilidad. La justicia es imposible porque nada la apoya, nada la anuncia: somos parte de un caos infinitamente mayor. Nada tiene remedio, pero tratar de imponérselo sí: para Cioran es lo único que dentro del caos tiene sentido. Por lo mismo, la única intervención factible era la de los márgenes, la de una exterioridad bárbara que perdió en el nazismo su última oportunidad. Los nazis echaron las cosas a perder porque renunciaron a la universalidad. Extinta ésta, Occidente se encamina a su deterioro general: a su muerte por fatiga. Vivimos un momento análogo a la transición de la sociedad antigua a la cristiana; todo adopta la figura del suicidio. Es el momento agustiniano de la Ciudad de Dios: el tiempo ha madurado para recibir un nuevo evangelio. ¡Para una nueva tumba! Occidente, desde este ángulo, se halla profundamente tocado de muerte. Ya ni siquiera se perciben las fuerzas que habrían de hacerle resistir. Es un lento naufragio. La normalidad es apabullante. Constantemente, Cioran invoca como ejemplo la Roma del fin del Imperio: la agonía de una candela que se extingue sin escapatoria. Quién sabe desde cuándo todos los caminos están vedados; simplemente, no hay un lugar a

donde ir. ¡Estación final del nihilismo! El fondo de Occidente es un vacío impuro, un vacío de pacotilla. La sensación dominante es, en el pensador, no la decadencia, sino la erosión, el desgaste final de la civilización. Contempla Europa desde una balastrada suspendida en la ausencia de metas. El diagnóstico es, así, implacable: el destino de toda civilización es el fracaso, el hundimiento en sí misma. Ante ella, sólo nos queda una esperanza: la barbarie.

III

Cioran es un paradigma excelso de lo que puede hacerse con la marginación y la barbarie: ante la debacle civilizatoria, ellas representan lo único interesante. Sólo allí se está verdaderamente insatisfecho. Pero es sobre todo el valor pedagógico del fracaso lo que en ellas se pone en juego: "Fracasar en la vida, esto se olvida a veces demasiado pronto, no es tan fácil: se precisa una larga tradición, un largo entrenamiento, el trabajo de varias generaciones. Una vez realizado este trabajo, todo va de maravilla" (**La tentación de existir**, Taurus, Madrid, 1973, p. 51). La ironía del tono no debe disimular la seriedad del asunto: el marginal y el bárbaro son aquellos para los que todo Estado les resulta ajeno e indiferente. Son, en ello, semejantes a los judíos. Que no triunfen está bien. De un bárbaro no amenazado por el imperio hay poco que aprender. De hecho, no se precisa ser bárbaro en todos los órdenes; basta, al parecer, con la discreción. Exhibirse es ya un primer paso dado hacia la prostitución. Al punto uno se pregunta: ¿y por qué mejor no escribir, por qué no esconderse y desaparecer entre la multitud? Publicar ya es corromperse. El subterfugio de Cioran consiste en mantenerse lo más posible, como se dice, con un bajo perfil; la escritura, gracias al cielo, es ineficaz. Se trata de hacer públicas las ideas, pero evitando caer en la fanfarronería. ¡Difícil! En su Carta sobre algunas aporías, dirigida a un literato, declara: "Por lo menos tengo la excusa de odiar mis actos, de ejecutarlos sin creer en ellos" (p. 91). Tal vez esto sólo es, efectivamente, un subterfugio. Pero obedece a una causa profunda: lo real no se sostiene. De una obra restan dos o tres relámpagos. El que escribe cree que se sostiene por la escritura, y en tal creencia empeña toda su vida. El pensador se exaspera; quisiera escribir contra la escritura, pensar contra el pensamiento, hablar contra el lenguaje, ser "un ultimátum a la pestilencia del Verbo" (p. 93). Concederemos que hay en esto mucho de teatro, si no es que de mera pose. Pero el pensador, no lo olvidemos, prefigura para Cioran un nuevo tipo de barbarie, una avanzada de vandalismo, con lo cual ya no es cuestión de una simple farsa. Sin embargo, ¿dónde están realmente esos

bárbaros? ¿No será Cioran el primero en caer bajo sus dagas? El bárbaro es cualquiera de nosotros. Sólo que ya no queda nada por saquear. No hay antigüedad a emular, ni pasado por el cual suspirar.

No existe ni el pasado como referente, ni el futuro como horizonte. No existe, en una palabra, la cultura. ¿Signos inequívocos de la muerte de Dios? No hay a dónde ir, es todo. No es tanto que el pensador sea un destructor, un sujeto que permanece incólume tras el éxtasis de la batalla; él es un testigo y alguien que da fe de su propia destrucción: una especie de mártir. Se le puede acusar casi de cualquier cosa, menos de tartufería. Es verdad que ya no hay a dónde hacerse. Todo ha llegado a ser totalmente ridículo o insensato. Pero entonces, ¿qué nos ata al mundo, si todo pareciera rechazarnos? Las bravuconadas del vándalo son inmediatamente absorbidas por el sistema, como las palabras lo son dentro del lenguaje y los gestos dentro de un ritual estrafalario. El mundo de Cioran es nihilista por los cuatro costados. Pero verlo o valorarlo como tal, no tanto. Dentro del nihilismo, hasta el ateísmo es de mal gusto. Es vulgar y cínico. Dios se ha hecho a nuestra imagen y semejanza. "Demasiado siento en mí los estigmas de mi tiempo: no puedo dejar a Dios en paz; junto con los snobs, me divierto en repetir que ha muerto, como si eso tuviese algún sentido" (p. 100). Tocamos aquí uno de los botones sensibles de la anti-teología del pensador. Lo primero por decir es que no es la muerte de Dios en el mismo sentido de Nietzsche: es una muerte rupestre, más próxima a la que proclamó la primera Ilustración. Si Dios ha muerto... ¡viva el Hombre! Eso es tal vez demasiado rápido. Los usos de Dios pueden ser infinitos; para Cioran, ciertamente, ese concepto ayuda a bajarnos los humos, a "pisotear" nuestras dudas. En ocasiones es bueno sabernos en manos de un demonio maligno. Es mejor, más perverso, que el vacío de los orientales. En todo caso, es la consigna de nuestro tiempo: "Soy un místico y no creo en nada" (Flaubert). ¿Absurdo? Sí, porque nuestra época lo es. Cuanto se hace en ella para salir, termina hundiéndonos hasta el fondo.

Al escritor, y no sólo a él, cada oferta de salvación lo agrava un poco más. Quizá no coincida con el fin del hombre, pero es la crisis más aguda que en sus ficciones y valores éste ha experimentado. Al filósofo no le resta otra cosa que impartir lecciones... de perplejidad. La posición de Cioran es similar a la de san Jerónimo, en el borde exterior del imperio romano: cuando ya es demasiado tarde para intentar cualquier cosa. ¿Cómo conservar la imperturbabilidad cuando todo está naufragando? A muchos esta visión les es por completo ajena, y no sólo porque sean optimistas

irredentos (o porque su asiento en el barco sea más confortable). La civilización produce una ceguera especial en sus feligreses. Los naufragios son, para ellos, siempre locales. Por descontado que existe una filosofía (o pseudo-filosofía) para la cual resulta demasiado sencillo, casi instintivo, calificar (o descalificar) este pensamiento incómodo. Se dirá, tan fácil cuanto alegremente, que Cioran es un "místico del vacío" o cosas similares. Es posible que el filósofo, como la mayoría de ellos, exagere un poco, pero su pensamiento no es tan frágil ni tan miserable como para barrerlo bajo la alfombra. Es, en lo fundamental, un ademán de insurgencia, y no será cosa de cruzar los brazos y decidir que su pensamiento no es todo lo lógicamente congruente que debería ser. Su gesto, en una palabra, es filosófico, mucho antes que la pedantería de las academias haga de tan rebelde disciplina su presa. Diría por mi parte que Cioran describe con minucia y casi con ternura el paisaje de los últimos hombres, una vez se ha evaporado el espejismo del superhombre. Pero este espejismo sólo es tal para un sujeto que nos parece incapaz de desprenderse de sus arquetipos más arraigados. Desde ellos, la incognoscibilidad del ser es sinónimo de inaccesibilidad. Es a esta condición a la que alude en su examen de la literatura: el ser se halla vedado a quien quiera convertirlo en realidad o en relato. Al cabo, nada. Podríamos alegrarnos de la muerte del superhombre, podríamos arrepentirnos de no haber hecho nada para evitarlo. La mesa está puesta.

IV

El cristianismo puede adoptar infinidad de máscaras, y me parece que la de Cioran (si es tal, pero ya se verá que no) es una de las más inquietantes. Su empeño principal consiste en arrebatarle la mística a los políticos enquistados en la Iglesia, donde seguramente hay demasiados. El místico es un espíritu fuerte dedicado a construir "la única ficción que vale la pena": Dios (p. 138). Con Él han pasado -milagrosamente- del nada es al todo es. El místico, dice Cioran, es, aunque enfermo, un fenómeno de la naturaleza. Profesa por ellos una ilimitada admiración. De hecho, Dios es una alucinación mística originada por la desesperación que provoca la vulgaridad de la vida. En otras palabras: Dios es primero literatura, luego teología. Es ésta una construcción eclesial diseñada para que el individuo simplemente obedezca. Lo místico hace referencia en el pensador al lado incoativo, fluido e irreprimible del lenguaje, ese lado que el sistema, derivado de dogmas inamovibles, y a su servicio, se ve obligado a vigilar y encarcelar. Hecho esto, no extrañará que la religión, dominada por la lógica eclesial, se marchite. Percibimos toda una teoría de la religión en estos

fragmentos; lo que mata a estas formaciones no es la increencia, sino la unanimidad. No hay religión si no hay herejías que perseguir. Cioran se ve a sí mismo como una especie de apestado: es preciso experimentar la seducción del cristianismo para poder resistirle mejor. Se lamenta por ello de que los dos poetas más grandes de la modernidad, Shakespeare y Hölderlin, hayan pasado de aquél. Hubiera sido mejor para todos que la Iglesia los contara entre sus filas como dos herejes de fuste. Es una concepción literalmente polémica: un Dios que reinara sin dificultad se moriría de aburrimiento. La mística vivifica y reanima a las religiones, y cuando degenera se convierte en... poesía. Una charlatanería superior.

Frente a los furores del místico, el poeta es un sujeto naturalmente esmirriado. Desmedrado. Ya no es un "fenómeno de la naturaleza", sino un ciudadano doméstico e incluso sindicalizado. El místico es un habitante de los extremos; en absoluto un espíritu pacífico y contemplativo. Y ya sabemos lo que detesta Cioran: la tibieza, la mediocridad, el buen sentido, la domesticidad, la modestia, la timidez, la medida. Participa de una especie de furia antiburguesa: sacudir, estremecer, romper, transgredir, aniquilar. Frente a este acomodamiento, la locura de los santos resulta inmediatamente refrescante. Son, sean o no conscientes de ello, demoníacos. "Al contemplarlos, nos sentimos avergonzados de ser simplemente hombres" (p. 143). Antes de franquear el umbral del Bien y del Mal, paso que da Nietzsche, el pensador rumano se demora y fascina en el límite: pudiendo optar por el Mal, el santo se dirige al Bien. Pero lo inquietante aquí es que no parece existir una gran diferencia entre ambos. El diablo los respeta por sus arrestos, por su generosidad; nuestros pactos, en cambio, son mezquinos. No puede dejar de notarse la fuente hondamente religiosa con la que se debate el filósofo; el paso del último hombre al superhombre no se asegura sino a través de ingentes suplicios y conflictos morales. Estamos a una distancia de años luz de la beatitud spinoziana. Nietzsche manotea en el horizonte, pero Cioran parece contento en el borde interior del nihilismo. Sólo ahí siguen produciéndose cosas, fenómenos interesantes. Porque es en la renuncia donde se aloja el secreto de la plenitud. No es el sufrimiento lo que libera, sino el deseo de sufrir, nos repite el santo fracasado. La pregunta es si esto sigue siendo filosofía. ¡Por supuesto! Sólo que es una filosofía situada en las antípodas de la filosofía sistemática. Es, reconoce Cioran, una filosofía de los momentos únicos, con lo cual la filosofía escolar, pensada como un catecismo, fabricada para no pensar, sufre terribles pérdidas.

¿Mística del vacío? En absoluto: mística pletórica de los sentidos. "Lo que cuenta son nuestras sensaciones, su intensidad y sus virtudes, así como nuestra capacidad de precipitarnos en una locura no sagrada. En lo desconocido, podemos ir tan lejos como los santos, sin servirnos de sus medios" (p. 146). En párrafos como éste uno duda del cristianismo de Cioran. No se diga en su animosidad contra san Pablo. Somos paganos crucificados y "pasados por una vulgaridad profunda", escribe. San Pablo es, en todos los sentidos, detestable. Un traidor, ni más ni menos. Que esta religión pueril y ridícula haya logrado absorber y terminar con el estoicismo le resulta completamente indignante e indigesto al filósofo. Desde luego pudo haber sido de otra manera, pero por desgracia se impuso una vez más la lógica de lo peor. He aquí un programa alternativo: "A cambio habríamos adquirido la facultad de soportar nuestros sinsabores sin un murmullo. No acusar a nadie, no condescender ni a la tristeza, ni a la alegría, ni al pesar, reducir nuestras relaciones con el universo a un juego armonioso de derrotas, vivir como condenados serenos, no implorar a la divinidad sino, más bien, darle un aviso..." (p. 156). Pero no; la filosofía sólo es para unos cuantos. ¡El colmo es cuando se pretende hacer de la religión, trazada con los ingredientes sacratísimos de la cobardía y la fatiga, una filosofía hecha y derecha! Es consternante, asqueroso, asistir a semejante transmutación. La defensa de la santidad y de la mística no guarda proporción alguna con la exoneración del cristianismo. Cioran no ve en ello nobleza sino mera abyección. Pues de lo que se trata, chapoteando en el nihilismo, es de "sustraerse al contagio de la nada" (p. 189). ¿Cómo? Practicando la lucidez (la falta de solidaridad incluso consigo mismo) hasta el final. La lucidez es una afirmación de la vida que nos impone su incondicionalidad a cambio de afirmar la muerte. Es ésta, paradójicamente, el gran tónico de la vida. Porque no es cuestión de pensar en ella, como si fuera un objeto exterior, sino de hacerla nuestra, de "metamorfosarla en voluptuosidad" (p. 194). ¿Qué puede significar esta mutación? No hacer de la muerte un medio sino una presencia. "Cada uno es su sentimiento de la muerte" (p. 195). ¿Una ontología, una antropología de la muerte? Es el único acontecimiento que importa. Lucidez, sólo frente a su certeza. Una lucidez que, sin remedio, se expía. Sería como vivir a perpetuidad sin párpados. El engaño es necesario para la vida, no para la muerte. Es el corazón de las religiones: se debe mentir si no queremos perecer, porque lo real es insoportable. ¿Lo es? Cuando Cioran se admira de la "inspiración" anacoreta de dirigir la crueldad contra sí mismos, su valoración del cristianismo se tambalea. ¿No es este giro su esencia, que no liquida sino que agudiza su crueldad hacia el prójimo? Ciertamente que hay en esta violencia un rasgo admirable por lo

excéntrico. El filósofo no es un asceta sino porque solamente así mortifica a la razón. Y, ¿cómo flagelarla (y halagarla) más que mostrando el inmenso atractivo del no-ser?

V

Inerva a la filosofía institucional una voluntad de sistema y una sed de verdades absolutas de las que Cioran se burla y termina despidiéndose. El gesto, tal como era de esperar, resulta tan exaltado como injusto. Ni el dogmatismo tendría que ser por sí mismo el enemigo del pensar ni la filosofía en su totalidad se halla regida por los anhelos que Cioran le achaca. Si éste le agregara a su juicio una restricción casi obvia, sería inobjetable: no se aplica a la filosofía, sino a sus versiones institucionales, capturadas en todo o en parte por la rigidez de las lógicas burocráticas. El fragmento "Adiós a la filosofía", contenido en el **Breviario de podredumbre**, con ser, como habitualmente es la escritura de Cioran, un dechado de elocuencia, ganaría en contundencia y eficacia. Que los filósofos, con Kant a la cabeza, parezcan no tener emociones, no justifica la rabia del rumano. No basta oponerle a la filosofía disciplinas menos frías como la música, la mística o la poesía. Es verdad: aquélla es, en grandes sectores, una "inquietud impersonal, refugio junto a ideas anémicas", pero no vale la pena arrojar al niño con toda el agua sucia. De hecho, lo que puede colegirse de obras como esta es precisamente que hemos confundido las cosas al grado de llamar a la filosofía por aquello que no es y nunca ha sido. Me explico: la filosofía, por más que desde Platón declare practicarla, no tiene nada que ver con la creación de un lugar a resguardo de los tormentos y delicias de la vida, de su exuberancia. No puede hacerlo.

Este punto es delicado. Cioran señala que ni el fin de Sócrates ni el de Nietzsche son propiamente trágicos; son, si mucho, fruto de malentendidos. Parece que a la filosofía lo único que le interesa es diseñar, edificar y cercar una zona de confort. Eso se aplica de maravilla a otros discursos y dispositivos: la ciencia o la religión, por ejemplo. Y no, por cierto, en sus bordes más activos; ni la una es pura obediencia al método ni la otra histérico anhelo de salvación individual o colectiva. ¿Por qué pensar que el afán de explicar algo nos priva de ello? Uno lee a Cioran y al punto exclama: ¡qué bien escribe! No es automática la traducción al: ¡qué bien piensa! Hay obstáculos, incluso si, en general, nos ha persuadido íntimamente: "El ejercicio filosófico no es fecundo, sólo honorable. Se es siempre impunemente filósofo: un oficio sin destino que llena de

pensamientos voluminosos las horas neutras y vacantes, las horas refractarias al Antiguo Testamento, a Bach y a Shakespeare" (**Breviario**... p. 65). La filosofía no es música ni es literatura ni es religión, pero no tendría por qué serlo. Su especificidad no pasa ni está obligada a pasar por ahí. ¿Cómo podríamos clasificar el propio discurso de Cioran? Es filosofía, le agrade o no el epíteto. Pero no filosofía institucional, que es una enfermedad que en ella suele cebarse. El efecto es considerable: despidiéndose de la filosofía, Cioran nos hace saber, a pesar de lo que diga en contra, lo que ella realmente es. ¿Y qué es? Al mismo tiempo discusión y expresión. No termina necesariamente en un "punto de abdicación ante lo desconocido", sino que, en sus mejores momentos, eso es cierto, contribuye a provocar una incitación, una ansia de ello. Ansia de Ello, la fórmula es involuntaria pero adecuadamente freudiana. Imaginar a la filosofía como solución a todos nuestros problemas la convierte sin remedio en un cadáver decorativo, en una pérdida de tiempo, en una ocupación perfectamente nula. Y bien, esa no es filosofía. La hemos trocado en otra cosa: en ciencia de la conducta, en religión laica, en desarrollo humano, en manual de autoayuda. Es fácil (es casi un deber) oponerse a esta degradación; pero hay que subrayar que se trata de una confusión, pues filosofía es justamente lo que está haciendo Cioran como escritor tanto como pensador. Da la impresión de ser una confusión inocente o sin consecuencias; no es así, porque despedirse de la filosofía le deja el terreno libre a la ciencia (como técnica) y a la religión (salvacionista) como formas privilegiadas de hacerse del control de la vida en general y de la visión crítica en particular. Ambas tienden, siguiendo muchas vías, al totalitarismo. La filosofía no está a salvo de esta tentación, porque, entre otras calamidades, desde Sócrates el Bien se postula como fin de nuestras acciones. Pero sustrayendo esta abstracción, Sócrates "enloquece" y se transforma en Diógenes: la filosofía vuelve a ser un ejercicio de sinceridad. Un ejercicio cuyos costes no son insignificantes pero que la filosofía se ve en la obligación de afrontar. No es una práctica edificante ni ejemplar en un sentido pedagógico; es la verdad en acción, y se sabe que su práctica no es ni indolora ni está libre de efectos social y políticamente nocivos.

En su germen, la filosofía es cínica, aunque en un sentido que remonta la descalificación y el infundio de los cristianos, una secta, ésta, especializada en saber odiar y abominar. Cioran lo sabe, y no deja de llamar la atención que el fragmento dedicado a Diógenes aparezca prácticamente enseguida de su un poco forzada despedida de la filosofía. El cinismo ha llegado a ser sinónimo de hipocresía, cuando en su origen fue una frontal negación de la

misma. Decir la verdad sin temor a las consecuencias, ¿no es lo propio de esta posición? En efecto: la verdad del hombre, que se ve impelido a torcer increíblemente las cosas para hacérselas asequibles o propicias. La filosofía solamente implica estar atentos a tales torcimientos y distorsiones de lo real. Es por ello que la filosofía no puede conciliarse en absoluto con la religión, pero, ¿podría lograrlo con la ciencia? Después de todo, ella es, a diferencia de la religión, su hija legítima. La crítica de Cioran es, en este aspecto, muy diferente; le resulta más fácil decidir que el monoteísmo es, desde el punto de vista de la salud, infinitamente peor que el politeísmo. Aquella es una forma enfermiza, mórbida, demencial, de religión. Las páginas dedicadas al respecto en **El aciago demiurgo** no tienen desperdicio. Sin embargo, cincuenta años después de escritas, parecerían, en virtud del innegable repunte del cristianismo en la filosofía, nunca haberlo sido. Qué desastre.

NOTES ON THE AUTHOR:

SERGIO ESPINOSA PROA. Social Anthropologist (ENAH) and Doctor of Philosophy (Univ. Complutense de Madrid). Professor-researcher at the University of Zacatecas since 1981. Author of ** The Escape of the Immediate. The idea of the sacred at the end of modernity ** (Spain, 1999), ** In search of infantil do pensamento. Ideias a contramão da pedagogia ** (Brazil, 2004), ** From the overnight stay of thought. Essays on Nietzsche ** (Mexico, 2005), ** From the confines of the present ** (Mexico, 2006), ** The end of nature. Essays on Hegel ** (Mexico, 2007), ** A difficult friendship. Philosophy, literature ** (Spain, 2008), ** From the knowledge of the muses. Philosophy and phenomenon-art ** (Mexico, 2016), ** Bataille. From a gloomy sun ** (Mexico, 2018), ** The Daytime Enigma. The Neutral Writing of Maurice Blanchot ** (Spain, 2019), ** From the Instinct of Thought ** (Spain, 2020). Member of CA-UAZ-232: Studies of Philosophy and Anthropology; member of the SNI since 1998.